El resucitado y la pedagogía de la amistad

No fue fácil para los discípulos creer en la Resurrección. Ese día Domingo estaban de luto cuando unas mujeres empezaron hablar de que habían visto al Señor. ¿No será que se habían robado su cuerpo? Pedro no acababa de llorar su traición, Juan lo había visto expirar, Tomás ni lo podía creer. Hubo discípulos que abandonaron la comunidad. Total, ¿para qué seguir creyendo en un sueño?

¿Se imaginan las conversaciones y las discusiones de ese grupo? Volver a esta vida como Lázaro, eso lo habían visto. Era comprensible. ¿Pero, "resucitar"? Y a los tres días en que habían sucedido hechos tremendos... Ellos habían perdido a Judas, otros huyeron la noche del arresto, el grupo se había encerrado por miedo a los judíos. ¿Qué tendrían que hacer? ¿Qué les diría María cuando los invitaba a la oración?

Nosotros lo leemos de corrido en los Evangelios gracias al testimonio de todos ellos. Por eso, todo nos parece más fácil. Pero, ellos, pero ellas... tuvieron que recorrer un largo camino hasta que Pedro pudo ponerse de pie frente a la gente que vino para las fiestas de Pentecostés para anunciarles que Jesús "a quien Uds. dieron muerte" -qué valor para decirlo- había resucitado.

Mientras tanto, Jesús fue desarrollando con ellos la pedagogía de la amistad. Fue una forma de abrir el camino para que comprendieran lo que Él mismo les había dicho y lo que las Escrituras les habían anunciado.

A María Magdalena la llamó por su nombre, cuando las lágrimas de María le impedían ver a quien estaba delante de ella. La calidez de esa voz despertó en ella el pálpito de su corazón. No se necesitaban pruebas. Daba lo mismo. Lo importante es que Jesús estaba vivo y, esta vez, ella no lo dejaría partir.

A los discípulos que iban desesperanzados camino de Emaús les habló en el lenguaje que podrían comprender, partiendo por preguntar la razón de su desaliento. Después de escuchar -y sólo después de escuchar- les comentó las Escrituras que a Él se referían. Pero en la amistad, no bastan las palabras, hablan también los gestos. Y eso se dio en la mesa, porque en torno a la mesa habían partido tantas veces el pan con Jesús, sobre todo en aquella última cena en que les había contado sus sentimientos. Sólo verlo partir el pan y bendecir, fue suficiente para que vieran al que estaba con ellos. Vieron y creyeron, y ahí reconocieron el ardor del corazón que habían sentido por el camino. ¿No has sentido tú esa calidez que recorre el corazón cuando un amigo, una amiga te abre el suyo?

Con los discípulos encerrados por miedo en el Cenáculo, empleó el lenguaje corporal. La palabra "paz" (¡shalom!) no bastaba. Era el saludo cotidiano de cualquier buen judío. En cambio, entrar sin abrir las puertas atrancadas y mostrarle las llagas de las manos y el costado, hablaban de una

nueva presencia de Jesús. En la última noche los había llamados "amigos". Ahora se los demostraba. Y lo hacía reiteradamente, aquella tarde y ocho días después, para que Tomás pudiera tocarlo, con sus dedos y sus manos. Otro gesto de amistad... no cualquiera toca el cuerpo de otra persona. Es parte de su intimidad.

¿Y el diálogo con Pedro? Pedro vio la tumba vacía, lo vio dos veces en el Cenáculo, vio el gesto de Tomás. ¿Y él, que lo había negado? ¿Cuando le haría sentir el reproche? No era fácil esa espera. Por eso, en un gesto primario que recuerda la primera pesca milagrosa, Pedro se echa al agua en cuanto Juan distingue esa figura brumosa en la playa. ¡Es el Señor! Eso bastaba... Y Jesús, como buen amigo, prepara el encuentro. Les tiene preparado un desayuno pescador, con pancito caliente y pescado a las brasas. Y sólo después de este gesto de amistad invitaba Pedro a caminar. Pedro debe ir nervioso, Jesús sereno. Nuevamente Jesús pregunta antes de afirmar. No recuerda las negaciones... va directo al corazón:

¿amigo, me amas ?, ¿me amas más que estos?

Es el momento de Pedro que aun tiene los ojos surcados por las lágrimas: "Señor, tú lo sabes todo. ¡Tú sabes que te amo!"...

Podríamos continuar. Esa tarea la dejamos a los lectores. Lo único que nos interesa subrayar en esta reflexión es que Jesús a sus discípulos les anuncia su resurrección con el lenguaje de la amistad. No hay discursos ni apariciones espectaculares. Hay presencia, cercanía, cariño, calidez. Es la forma de hablar de Dios que ya a Moisés, dos mil años antes, le hablaba en la montaña "como un amigo habla con su amigo". Hoy Jesús muestra su divinidad con el mismo lenguaje "como un amigo habla con sus amigos, sus amigas".

En estos días pascuales, volvamos a decirnos "feliz pascua" con la alegría de saber que Jesús, nuestro amigo y Señor está vivo, y que a cada uno de nosotros y a la comunidad se nos revela con el lenguaje de la amistad. Y lo hace especialmente cada Domingo cuando nos invita a partir el pan.

(P. Cristián Precht B.)